



EL FUEGO Y EL ARCO REFLEXIONES SOBRE LA TÉCNICA

Andrés Felipe Marín Cortés¹

Soy un animal. Concretamente del tipo llamado primate (García, 2013; Vera, 2003). Al igual que los chimpancés, los gorilas, los bonobos y los orangutanes, percibo la distancia y el volumen de los árboles gracias a mi visión binocular, en cada mano tengo cinco dedos con uñas, uno de ellos es un pulgar opuesto que me permite tomar palos y piedras con facilidad, el primer premolar de mi dentadura es un colmillo (Bonilla, 2009), diente muy útil para destrozar la carne fibrosa del mango, fruta que nos encanta a los orangutanes² y a mí. Cuando era una cría mamaba placenteramente la teta de una hembra para alimentarme de su leche, y aunque mi mujer no se considera a sí misma un animal, su ciclo menstrual tiene la misma duración que el de la gorila de montaña³ que vi anoche en el canal *National Geographic*.

Más allá del 98.4% de los cromosomas que comparto con algunas especies de chimpancés (Navarro & Ambríz, 2008), es el parecido entre mi comportamiento y el de los simios el que nos hermana como habitantes del mismo reino. Los bonobos, por ejemplo, tienen sexo cara a cara solo por placer o para reconciliarse después de pelear con alguna de sus parejas, a veces caminan distancias considerables en dos patas (Navarro & Ambríz, 2008)

¹ Investigador y docente universitario. Contacto: andresfelipemarin@hotmail.com

² <http://www.shutterstock.com/pic-61401091/stock-photo-orangutan-female-eating-mango-picture-from-borneo.html>

³ http://es.wikipedia.org/wiki/Gorilla_beringei_beringei

buscando un lugar fresco que les proteja del extenuante sol de mediodía, y utilizan objetos contundentes para romper la cáscara de las nueces (Woods & Grand, 2004), de la misma manera como yo lo hacía con la bolsa de corozos a la salida del colegio.

Los chimpancés compiten por territorio y alimento (Navarro & Ambríz, 2008), como lo hacen los presidentes y los dueños de las transnacional de semillas transgénicas; estos animales -los chimpancés, por supuesto- consuelan a sus compañeros afligidos, dándoles besos y abrazos (Waal, 2014) de una forma similar a como lo hace mi madre conmigo cuando me siento profundamente triste.

Algunos primates realizan actividades cooperativas y altruistas como expresión de la empatía que sienten por otros individuos de su especie (Waal, 2011), lo cual me hace recordar que hace poco ayudé a mi amigo Hugo a construir su biblioteca sin esperar nada a cambio. Si justo ahora bostezara por hambre, sueño o aburrimiento, y tuviera un chimpancé joven cerca, probablemente éste también bostezaría (Madsen E. A., Persson T., Sayehli S., Lenninger S. & Sonesson G., 2013).

Sin embargo, y a pesar de tantas similitudes no me siento un simio por completo. Quizá mi mujer tenga razón, pero como no me gusta dársela siempre, voy a tratar de argumentar mi tesis. Qué curioso ¡Un animal defendiendo sus tesis! Soy un animal, pero de aquellos que crean cosas. ¿Pero gracias a qué terminé siendo este tipo de animal? Tan parecido y diferente a los que no hablan, ni tienen escuela, ni componen sinfonías, ni inventan religiones ni leyes. Ortega y Gasset (1965) diría que me he convertido en lo que soy gracias a la técnica, sin ella no habría existido nunca. Soy entonces un *animal tekhnicus*.

Mi especie tiene su origen antes de la historia. Antes de que alguno tomara una cañita y comenzara a escribir sobre una tablilla de barro blando en Mesopotamia hace 5.200 años (Cervera, 23 de abril de 2004), antes de la invención del cero en medio de la densa humedad de una selva centroamericana o durante un lento amanecer a orillas de las aguas plateadas del Éufrates (Costa y Lafuente, 2007), antes de ensamblar los siete brazos de la menorá como

símbolo del espíritu de Yahveh⁴, de las sombras de las cruces descendiendo con la tarde por la colina del calvario, y del júbilo de miles tras la conquista de la Meca por el profeta Mahoma⁵.

Mi punto de partida es el momento en que un rayo golpeó con violencia la copa de un árbol seco en una pradera africana prendiéndole fuego (Ortega y Gasset, 1965), y bajo aquel árbol un ser erguido y parado sobre sus dos piernas, mirando atónito y sin comprender qué era eso y de dónde provenía, pero sintiendo un potente impulso por recrear por cuenta propia aquello que veía. Casi puedo verlo alrededor del árbol gritando, aullando y gimiendo sin resultados. Algo decepcionado quizá pues a pesar de sus esfuerzos, nada. No había fuego. La rama impávida, tesa, retorcida y sobre todo fría. Pasado un tiempo no tendría paciencia para esperar el milagro nuevamente. Estaría harto de la caprichosa voluntad de los dioses.

Como cualquier animal frente al fuego, al principio sentiría curiosidad al tiempo que le temería. Luego sería capaz de obtenerlo y mantenerlo para su propio beneficio, pero no podría aun provocarlo por su cuenta. Sin embargo, este periodo sin fuego no duraría mucho tiempo, pues los pueblos primitivos que encontraban la manera de conservarlo y transportarlo, seguramente tenían formas de producirlo (Roussel, 2005 citado en Gómez de la Rúa & Díez, 2009). La forma más común consistía en golpear una piedra dura como el sílex contra una roca de hierro como la marcasita⁶ para que se pudiera producir chispa sobre pelos de animales muertos, hojas secas o yesca. Luego vendría el trabajo mancomunado para avivarlo y mantenerlo, lo cual supone la interacción y comunicación de varios individuos para recoger más ramas, compartirlo y protegerlo de las corrientes de aire.

Cuando el hombre finalmente dominó el fuego descubrió que era un elemento generoso: ofrece iluminación y calor, da protección y superioridad frente a los depredadores y ahuyenta los molestos insectos. La dieta cambió gracias al fuego, puesto que los primeros homínidos complementaron con carne sus alimentos provenientes casi exclusivamente de la tierra. La cocción facilitó

⁴ <http://es.wikipedia.org/wiki/Menor%C3%A1>

⁵ <http://es.wikipedia.org/wiki/Mahoma>

⁶ http://es.wikipedia.org/wiki/T%C3%A9cnicas_para_hacer_fuego

la digestión de fibras vegetales y proteínas animales, permitió ablandar la grasa y reducir los gérmenes (Gómez de la Rúa & Díez, 2009).

El fuego además se empleó para propósitos bastante más entretenidos que comer, calentarse o ahuyentar a las bestias. Los hombres primitivos lo usaban para embriagarse. Grupos de protohumanos encendían fuego en pequeñas cuevas, y en ellas permanecían durante horas entre el humo, el sudor y el exceso de temperatura alcanzando deliciosos y excitantes trances. Los estados de exquisita exaltación provocados por el hombre son tan primitivos como el fuego (Ortega y Gasset, 1965).

La cohesión social se vio favorecida por el uso del fuego, pues aceleró la capacidad de comunicación y aprendizaje (Díez, 2005 citado en Gómez de la Rúa & Díez, 2009). Alrededor de las llamas se gestaron mitos y se sedimentaron tradiciones. Las características de ciertos materiales como el sílex, el hueso, la madera y la piel pudieron ser modificadas al ser sometidas al calor (Gómez de la Rúa & Díez, 2009). Los animales, minerales y vegetales se transforman con el fuego, en últimas, su uso es la expresión del dominio del hombre sobre la naturaleza, y al mismo tiempo el comienzo de la separación entre ambos.

En el sur de África se empleó el arco como instrumento para producir fuego (Cautrecasas, 1967). Sin embargo esta herramienta tuvo muchos otros usos, por ejemplo los etnólogos no consiguen ponerse de acuerdo si la forma primigenia del arco fue el arco de caza o el arco musical (Ortega y Gasset, 1965). Un simple trozo de madera flexible con una cuerda atada en sus extremos se convirtió en el primer mecanismo compuesto inventado por el hombre (Cirigliano & Killian, 2009). Hay evidencias de este instrumento al menos tres mil años atrás de nuestra era en América, Europa, Asia y África (Cautrecasas, 1967; Bittman & Munizaga, 1979; Fleckinger, 2009; Cirigliano & Killian, 2009)

Hace unos días vi en internet las fotografías del Ötzi el hombre de hielo. La momia más antigua de la historia fue encontrada por unos montañistas en los Alpes de Ötztal en 1991 en la frontera entre Italia y Austria⁷. Mirar su cabeza pelada sin nariz ni ojos y con el labio superior destrozado me generó cierta

⁷ <http://www.caracol.com.co/noticias/entretenimiento/descongelan-hombre-prehistorico-italiano-para-pruebas/20000925/nota/45134.aspx>

compasión y simpatía. Era como verme a mí mismo en un espejo incompleto. En sus pies esqueléticos y negros el color de los dedos retorcidos se confunde con las uñas largas y filosas. Su piel brillante y acaramelada le otorga un aspecto apetitoso, y su brazo izquierdo extendido bajo el mentón, deja ver su hombro dislocado dándole un aire contorsionista e imposible. Las articulaciones secas dan la impresión de partirse con solo mirarlas, y las orejas, las costillas, la pelvis prominente, el cráneo intacto y su espalda tatuada, me hicieron sentir prójimo de ese hombre que estuvo congelado por más de cinco mil años. Los escaladores lo hallaron tirado boca abajo y a su lado unos zapatos para caminar en la nieve hechos con piel de oso, ciervo y red de corteza de árbol. También poseía un arco, un carcaj y varias flechas que utilizaba para cazar y defenderse, pero que paradójicamente también terminarían por matarlo. Un flechazo propinado por un enemigo le atravesó el tórax (Cirigliano y Killian, 2009) dejándolo moribundo en medio del frío. El arco y la flecha han sido herramientas de supervivencia pero también una de las primeras armas para asesinaros entre humanos. Miles de años y millones de muertos se interpondrían entre el asesinato de Ötzi y los horripilantes hechos en Hiroshima y Nagasaki.

Las cuatro primeras civilizaciones del mundo antiguo ubicadas en Sumeria, Egipto, el valle del Indo y la zona septentrional de China estaban asentadas todas sobre llanuras fértiles junto a grandes ríos que les permitieron desarrollar la agricultura, tenían gobiernos de estados independientes y teocráticos, pero además compartían el hecho de haber convertido el arco de caza en un arma de guerra empleada para la conquista (Cirigliano y Killian, 2009). Lo que en un momento nos permitió sobrevivir como especie luego fue utilizado para someter, aniquilar y esclavizar a otros. Tal como lo hicieron los acadios cuando invadieron a los sumerios con el rey Sargón I a la cabeza, cuya figura barbuda e imponente sobre un caballo adornado y galopando, aparece tallada en piedra en uno de los muros de su reino, sosteniendo en sus manos un arco recurvado a punto de disparar una flecha. Esa flecha proyectada indicó el camino de la creación del primer imperio de la historia⁸ y la hechura refinada de hombres para la guerra.

⁸ http://es.wikipedia.org/wiki/Sarg%C3%B3n_I_de_Acad

El fuego y el arco son quizá las producciones humanas más primitivas. Son cosas que nos permitieron diferenciarnos del resto de los primates. Nunca dejaré de ser un animal pero soy el animal que inventa cosas, que altera el mundo porque justamente ese mundo no me gusta, no me satisface. El animal que crea lo que no existe. Aquel que reproduce el fuego como en principio lo hizo la naturaleza, que construye arcos y flechas, automóviles, casas de campo, balones de fútbol, música salsa y bicicletas. Soy el animal del *inside out* del universo. Ya no quiero esperar que llegue la primavera para sentir el aire tibio, pues alguien ya inventó la chimenea, el calefón, el aire acondicionado. Soy el animal que convirtió el sexo en erotismo, y el erotismo en obra de arte. No quiero correr tras la presa pues puedo pedirla a domicilio con solo digitar algunos números en mi teléfono celular. Soy un ente animado con técnica, hecho social desde hace más de 2.000.000 de años (Carbonell, 2009). Es cierto que la técnica no me define por completo, pero no es menos cierto que no sería quién soy a falta de ella.

La técnica como esfuerzo para ahorrar esfuerzo (Ortega y Gasset, 1965) es la transformación del entorno para beneficio y detrimento del hombre mismo. Lo que nos hace humanos, en parte, es el dominio del hombre sobre la naturaleza, pero también el sometimiento de otros hombres. Soy el animal que convirtió la técnica en esa bestia aterradora que es la tecnocracia. Cuando pienso en la bomba atómica, el neoliberalismo, los imperios, el empleo precarizado, los drones empleados para la guerra, el uso de mi información personal en internet a beneficio de las corporaciones -cosas para las cuales también se necesita mucha técnica- me gustaría regresar al reino del chimpancé, el gorila, el bonobo y el orangután; quisiera trepar a los árboles y tomar la banana, para que fuera solo eso, una banana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bittman, B. y Munizaga, J. (1979). El arco en América: evidencia temprana y directa de la cultura chinchorro (Norte de Chile). En: Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena. Santiago: Ed. Kultrun. P.p. 229-251. Extraído el 16 de abril de 2014 de: http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Indiana/Indiana_5/IND_05_Bittmann_Munizaga.pdf
- Bonilla, J. (2009). El origen del bipedalismo en los primates. En: Casa del tiempo. Julio. 1(9). Pp. 67-70. México: Instituto Politécnico Nacional.

- Carbonell, E. (2009). Evolución, innovación, resocialización. En: Revista de pensamiento e historia. No. 30. P.p. 70-74. Extraído el 10 de abril de 2014. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3004351.pdf>
- Cervera, X. (23 de abril de 2004). La escritura nos ha hecho como somos. La vanguardia. Extraído el 22 de marzo de 2014. Disponible en: <http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/2004/04/23/pagina-88/33649243/pdf.html>
- Cirigliano, H. y Killian, L. (2009). El camino del arco: Una historia del arco y la flecha desde el paleolítico hasta el presente. Argentina: Ed. Biblos.
- Costa, E. y Lafuente, M. (2007). Ideología y matemáticas: el cero, la nada y el conjunto vacío. XV Jornadas de ASEPUMA y III Encuentro Internacional. Palma de Mallorca. España.
- Cuatrecasas, J. (1967). Mitopoyesis del origen del fuego: su significación antropológica. En: Revista de psicología. Vol. 5. P.p. 21-26. Extraído el 11 de abril de 2014 de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.883/pr.883.pdf
- Fleckinger, A. (2009). *Ötzi, el Hombre del hielo*. Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid e Ibersaf Editores
- García, D. (2013). *Los otros hijos de Hefesto. Usos y fabricación de herramientas en animales no humanos*. Madrid: JAS Arqueología.
- Gómez de la Rúa, D. & Díez, F. (2009). La domesticación del fuego durante el pleitoceno inferior y medio. Estado de la cuestión. En: Veleia. 26. P.p. 189-26. Extraído el 28 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.ehu.es/ojs/index.php/Veleia/article/viewFile/1438/1078>
- Madsen E. A., Persson T., Sayehli S., Lenninger S. & Sonesson G (2013). Chimpanzees Show a Developmental Increase in Susceptibility to Contagious Yawning: A Test of the Effect of Ontogeny and Emotional Closeness on Yawn Contagion". *PLOS ONE* 8 (10). Extraído el 16 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0076266>
- Navarro, M. & Ambríz, D. (2008). Solución de conflictos en los chimpancés bonobos (*Pan paniscus*). Una lección para el ser humano "racional". En: *Contacto*. 70, 5-11. Extraído el 15 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.izt.uam.mx/newpage/contactos/anterior/n70ne/bonobos.pdf>
- Ortega y Gasset, J. (1965). *Meditaciones sobre la técnica*. Madrid: Espasa.
- Vera, J. (2003). De primates, humanos y relaciones disciplinares. En: *Cuicuilco*. 10 (28). Enero-Abril. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México
- Waal, F. (2014). *Los bonobos y los diez mandamientos: en busca de la ética entre los primates*. Tusquets: Barcelona.
- Waal, F. (2011). *Comportamiento moral en los animales*. TED Talks. Disponible en: http://www.ted.com/talks/frans_de_waal_do_animals_have_morals?language=es
- Woods, A. & Grant, T. (2004). La lógica formal y la dialéctica. En: *Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencias moderna*. Fundación Federico Engels. España.